

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

DE ANDRÉS, GREGORIO.—*Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca Nacional*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, XIV + 619 pp.

La aparición de un catálogo completo de los códices griegos de la Biblioteca Nacional es un gran acontecimiento científico cuya importancia para los investigadores del mundo antiguo en sus más variadas facetas no es necesario resaltar. Desde el catálogo de J. Iriarte, publicado parcialmente en 1769, todos los intentos de completar la catalogación del fondo griego no lograron los honores de su publicación. Las notas de E. Miller (1886), Graux-Martin (1892) y J. R. Vieillefond (1935), junto a meritorios estudios sobre grupos concretos de manuscritos, permitían a los investigadores hacerse una idea de la riqueza de este fondo, al tiempo que de la insuficiencia de nuestro conocimiento sobre él.

El catálogo de Gregorio de Andrés tiene este primer mérito de completar y ofrecer en un solo volumen noticias que antes se encontraban dispersas en publicaciones de difícil acceso. Esta intención de ofrecer la totalidad de los manuscritos griegos lleva al autor a incluir, al final de la obra, la descripción de ediciones antiguas en las que aparecen notas marginales manuscritas, o bien en las que sus páginas en blanco han sido utilizadas por un copista o un erudito para transcribir textos breves. Entre ellas existen algunas de gran interés para la historia del helenismo español, y otras con fragmentos curiosos (cf., por ejemplo, la copia que hizo Constantino Láscaris de los fragmentos de Doroteo en su ejemplar de la *Anthologia Graeca*, n.º 357). En este aspecto, el catálogo de Gregorio de Andrés es completísimo, incluso tal vez algo excesivo, al mezclar el fondo antiguo con manuscritos de helenistas muy tardíos. Es, por ejemplo, llamativo que el catálogo comience con el diccionario greco-español de Miguel González, un franciscano español que en el siglo XVIII residía en Nicosia y compuso, probablemente para su uso personal, una lista de palabras.

Esta voluntad de ser completo, y de relacionar los manuscritos en el orden de numeración tradicional de los códices en la Biblioteca, es una elección entre las muchas posibilidades existentes. Se hubiese podido seguir un criterio de procedencia, en el cual podría quedar más clara la sucesiva incorporación de manuscritos al fondo griego, o un criterio cronológico, para relegar al final de la obra los trabajos de los humanistas, pero todos los métodos presentan sus dificultades especiales y el criterio seguido por De Andrés tiene la ventaja de ser claro y la posibilidad, como el propio autor hace, de completarse con unos índices adecuados.

El método de catalogación seguido es, con notables y significativas modificaciones, el utilizado en la Biblioteca Vaticana. Esto supone, respecto al catálogo de Iriarte, un concepto muy diferente de la labor del catalogador. En una época en que los medios de reprografía están tan desarrollados como en la nuestra, carece de sentido acumular páginas y páginas de descripción, reproducir diplomática y no críticamente los textos, y completar con digresiones personales —como hace Iriarte— la catalogación de un códice. La comparación de las páginas que De Andrés dedica a cada códice con las correspondientes, en su caso, del catálogo de Iriarte, pone de relieve la gran utilidad del catálogo que comentamos. Incluso en manuscritos muy famosos los editores, dejándose arrastrar por las descripciones de Iriarte, cometen errores que hoy, gracias al catálogo de Gregorio de Andrés, es posible rectificar. Pondremos un ejemplo significativo: el manuscrito 4562 (n.º 19 De Andrés) contiene el famoso *corpus* de los Himnos, copiado por Constantino Láscaris en Milán en 1464, al cual se han añadido —en épocas posteriores— páginas que contienen el poema de Museo (que no debe datarse como de 1464, como hacen Livrea-Eleuteri en su excelente edición teubneriana, sino probablemente de unos quince años más tarde en Mesina), y otras muchas con epigramas de varias procedencias (cuya sola vista permitirá corregir los errores de bulto formulados sobre esta *Sylloge* por R. Aubreton en sus estudios sobre la transmisión del texto de la *Antologia Palatina*). Bastaría prestar atención al apartado que De Andrés dedica a las filigranas en el códice para comprender que la existencia de seis modelos diversos apunta ya el origen plural y misceláneo de este códice. En este campo de las filigranas el autor ha trabajado con verdadero esmero, recomponiendo muchas de ellas que, por diversos avatares de la encuadernación, no me habían parecido evidentes. Otro aspecto nuevo, y de interés enorme, es el apartado que dedica a la composición de cada manuscrito. En un fondo de las características del fondo griego de la Biblioteca Nacional, en el que abundan los códices de diversa procedencia encuadernados juntos, el análisis minucioso de los cuaterniones, de los sistemas de numeración, de las referencias compositivas, es tremendamente ilustrativo. El autor ha podido, en este apartado, restablecer el orden original de varios códices, y avanzar hipótesis interesantes sobre manuscritos lacunosos completados tardíamente.

Cada descripción se estructura de la siguiente forma: referencia, contenido, escritura, composición, caja, filigrana, ornamentación, poseedores, anotaciones, bibliografía y encuadernación.

La referencia contiene la numeración actual, la antigua (por armarios N y O), y la nueva que le asigna De Andrés, la fecha, el tipo de material, las dimensiones y el número de folios. Con frecuencia la fecha viene pormenorizada según las diversas páginas de un manuscrito (v., por ejemplo, n.º 96).

El contenido del códice se describe, en latín, numerando al margen cada obra independiente, poniendo entre corchetes angulares el nombre del autor cuando no viene expresado en el manuscrito, y consignando las ediciones modernas de cada una de las obras. A veces el autor se extiende un poco más y da noticias más amplias sobre la bibliografía (v., por ejemplo, n.º 207, sobre el *De Mysteriis* de Jámblico), o en textos poco frecuentes consigna el principio y el final. Se presta mucha atención a los prólogos y a las vidas de los autores que preceden a ciertas obras (es frecuente que De Andrés indique el grado de coincidencia con las diversas versiones de *uitae* existentes en los lexicógrafos y en las ediciones usuales). Las notas marginales, los escolios, las diferencias en los colores de las tintas de las glosas y explicaciones, y

todo cuanto permite identificar y delimitar con precisión el texto es consignado en forma escueta y elegante.

En el apartado *Escritura* se consignan todos los datos relativos a copistas, subscripción del códice si la hay, conjeturas sobre la fecha, tipo de papel o material de escritura, lugar de copia, etc. La gran familiaridad de Gregorio de Andrés con los manuscritos griegos le permite identificar con facilidad los nombres de los copistas, proponiendo muchas identificaciones que justifica convenientemente. En este campo, el catálogo que comentamos supone un avance científico de primera magnitud, por lo cual es una lástima que no vaya acompañado de láminas y reproducciones de los manuscritos, especialmente cuando se aventuran identificaciones.

Los apartados referentes a *Composición* y *Caja* suponen también una aportación notable respecto a los catálogos y descripciones anteriores. Y lo mismo cabe afirmar sobre las *Filigranas*, muchas de las cuales se repiten constantemente y hubiera sido deseable reproducir las más frecuentes, porque las referencias a Briquet son a veces meras aproximaciones a lo que realmente se trasluce en el papel del manuscrito, como por lo demás ocurre habitualmente, y ciertos detalles pueden ser ilustrativos.

La *Ornamentación* es un capítulo muy breve generalmente, salvo para los manuscritos de las secciones *Reserva* y *Vitrina*.

El apartado *Poseedores* traza la historia de las diversas manos por las que pasó cada códice. En este sentido, la falta de un prólogo en el que se explique la historia del fondo griego de la Biblioteca Nacional —ausencia inexplicable siendo De Andrés el mejor conocedor de este tema— obliga en cada caso a repeticiones que, forzadas por la brevedad necesaria, resultan insuficientes. Al lector le hubiese sido interesante disponer de una noticia más documentada para entender mejor los distintos cambios de mano (por ejemplo, el códice 185 sigue un proceso que se repite en otros varios: «Francisco de Mendoza, García de Loaisa, convento de San Vicente de Plasencia en el siglo xvii y Biblioteca Nacional en el siglo xviii», y que convendría documentar convenientemente). Es cierto que la bibliografía introductoria reseña trabajos que cubren esa laguna, pero también es cierto que muchas veces se encuentran publicados en revistas poco difundidas internacionalmente entre los helenistas.

En el apartado *Anotaciones* figuran todos aquellos elementos que se encuentran en el manuscrito y no pertenecen propiamente al texto (títulos, variantes, sistemas de numeración, sellos de los diversos poseedores, noticias sobre los revisores, etcétera). Está confeccionado con mucho detalle y puede prestar gran servicio a los estudiosos, porque De Andrés aporta numerosas interpretaciones que van desde la indicación de que tal o cual signatura corresponde a la biblioteca de Osuna, o a otras, hasta la resolución de las abreviaturas y la indicación de los colores de las tintas.

En el apartado *Bibliografía* el especialista en cada autor puede encontrar lagunas e insuficiencias, pero en general puede decirse que está todo lo esencial. Más aún, menciona muchos estudios publicados en revistas de biblioteconomía y en boletines de escasa difusión, ignorados generalmente en las bibliografías al uso entre los helenistas, por lo cual resulta de gran utilidad.

Finalmente, una descripción cuidada de la *Encuadernación*, en un castellano pulido y técnico, termina la descripción de cada códice.

La obra termina con dos índices, uno de obras inéditas o raras y otro de nombres y cosas. El de inéditos es poco significativo y está integrado en un noventa por ciento por composiciones de Vicente Mariner, generalmente poesías de circunstan-

cias de muy escaso valor literario. Cuando uno lee las poesías de este helenista observa que sigue, con frecuencia, una técnica de variación sobre el mismo tema que se aborda con diferentes esquemas métricos hasta quince veces seguidas, por procedimientos de multiplicación de versos que recuerdan las ingeniosas combinaciones de la *Metamétrica* de Caramuel. Desde el punto de vista de los estudiosos del helenismo estas composiciones son de muy escaso interés, no así sus cartas (algunas en griego) que contienen muchas cosas curiosas y que convendría editar.

El índice general es mucho más interesante. Se incluyen en él innumerables datos, todos por orden alfabético único, y su estudio detallado es valiosísimo. El manejo podía haberse facilitado con una disposición tipográfica más clara, para evitar despistes del lector, y con referencias cruzadas a los artículos generales. El nombre de los copistas, por ejemplo, no viene siempre independientemente, sino englobado en el artículo *Scribae codicum*, lo cual ha producido el pintoresco error de algún comentarista de esta obra que ha tratado de completar este aspecto elaborando él mismo ese índice (cf. *Erytheia* 9, 1988, pp. 181-185), que se encuentra mucho mejor elaborado en el propio catálogo.

Esta obra de Gregorio de Andrés, fruto de largos años de paciente trabajo, debería completarse con un segundo tomo que incluyese la historia del fondo griego y una amplia colección de láminas. De esa forma tendríamos un instrumento de investigación más perfecto. En cualquier caso, en su forma actual, este libro representa una contribución excepcionalmente valiosa y útil para los estudiosos del mundo antiguo.

FÉLIX PIÑERO

MARCO TULLIO CICERONE.—*Tuscolane. Libro II*. Testo, introduzione, versione e commento a cura di ALBERTO GRILLI. Brescia, Paideia Editrice, 1987, 385 pp.

El estudio preliminar de Grilli contempla un horizonte mucho más amplio que el libro II de las *Disputationes Tusculanae*. Todos los escritos filosóficos de los últimos años de Cicerón constituirían, según el a., un conjunto sistemático y ordenado, que se entiende muy bien en relación con la vida romana de los años 46 a 43 a.C. A. Grilli discierne una continuidad lógica y de contenidos desde el *Hortensius* (46-45) al *de officiis* (43), pasando por los libros «Académicos», los *de finibus* y las *Tusculanas*. El antiguo estado romano, que se diseña en el *de republica*, era el ideal y Cicerón no dejaría de considerarlo la más alta cima política de la historia latina, que sería deseable que volviera a alcanzar la comunidad nacional. En ese sentido coronaría todo el edificio de la filosofía ética y política, si la situación de la ciudad lo permitiera. Pero no era así. Ahora en esos años de Roma, y de Cicerón, la política practicable era civil (de *ciuis*, 'ciudadano', pero por entonces casi exclusivamente *priuatus*).

Cicerón no habría construido su obra filosófica, comprendidas dentro de ella las *Tusculanas*, simplemente para ocupar su tiempo o enriquecer la cultura de expresión latina con la sabiduría de los griegos. Se dirige a los romanos de aquellos años, y a las nuevas generaciones, con el *de officiis* final, dedicado a su hijo; pretende sacarlos de los males personales y públicos que se han derivado de la ruina del estado republicano y del *mos maiorum*.

Cicerón se habría propuesto promover e instrumentar mediante la meditación filosófica, y su proyección ética sobre individuos y conductas, una especie, diría yo, de rearme moral. Los romanos de la edad de su joven hijo estarían llamados a reco-

ger la antorcha, «la fiaccola della libertà», al menos en el plano de la ética, ya que no había lugar para ella en el de la política. Grilli demuestra ser un experto conocedor de las filosofías helenísticas que ha rastreado todo lo que resulta asequible descubrir en el pensamiento de Cicerón y en el de sus maestros. De la antología de Estobeo ha extraído un texto de Filón de Larisa, que había sido maestro del gran orador: el diseño de edificio filosófico, cuya estructura parece semejante a la que medio siglo después desarrollaría Cicerón en escritos de los tres últimos años de su vida.

Me he demorado en este comentario a las primeras cincuenta páginas del libro de Grilli, porque iluminan desde un ángulo infrecuente la obra filosófica ciceroniana. Grilli, a continuación, edita y traduce el libro II, que llena un lugar bastante central entre los escritos de «filosofía civil» (la expresión, ciertamente inspirada por Grilli, es mía) del Cicerón final. En cuanto al texto, no se separa apenas del de Pohlenz en su edición teubneriana. El comentario es total, o más bien exhaustivo, si no es que resulta, en algunas de sus páginas, excesivo: fuentes, lugares paralelos o convergentes del propio Cicerón y de otros autores, comentarios filosóficos, justificaciones de la traducción y una particular atención a las cláusulas métricas, que no es habitual cuando se trata de textos filosóficos.

ANTONIO FONTÁN

PROPERZIO.—*Il libro terzo delle Elegie*. Introduzione, testo e commento di P. FEDELI. Bari, Adriatica Ed., 1985, 787 pp.

Debemos felicitarnos por esta nueva y preciosa contribución de Fedeli a Propertio, que hay que sumar a su edición y breve comentario del libro IV (1965), a su amplio comentario del libro I (1980), y a su excelente edición de Teubner (Stuttgart 1984). Su libro es el de un verdadero especialista en el autor, y será sin duda el punto de partida de cualquier acercamiento al comentario del libro III de Propertio.

La obra comienza con una selecta bibliografía de los títulos citados a lo largo del comentario (pp. 11-18), seguida de una introducción (pp. 19-33) donde hace el resumen de cada elegía, y analiza el propósito, la cronología y la estructura del libro.

Las 659 pp. siguientes se ocupan del texto y del comentario. El texto de cada elegía precede a su comentario. Es básicamente el mismo de su ed. de Teubner con pocas variantes, editado esta vez sin aparato crítico, si bien no son raras las referencias a cuestiones textuales en el comentario. Se echan de menos algunas referencias bibliográficas concernientes al establecimiento del texto tanto en su edición Teubneriana como en esta reedición, p. e., 5, 35 añádase L. Alfonsi, «Elegiaca», *Latomus* 12, 1953, pp. 155-7 («Propertio, III 5, 35», a favor de las lecturas de *DV*); 18, 32 cf. G. Porta, «Note sul testo di Propertio», *RIL*, 1955, pp. 360-372, que se suma a los que defienden la lección *tuae* de los mss.

El comentario propiamente dicho es de lectura agradable y muy formativo, y no me parece que haya que tacharlo de prolijo, como es frecuente en la moderna filología, en la medida en que aporte nueva luz o nuevas apreciaciones sobre algún punto del texto properciano. F. hace una introducción a cada elegía y el estudio pormenorizado de los pasajes desde todos los puntos de vista que le hayan resultado de interés: análisis de la estructura, modelos helenísticos (p.e. 1, 7; 13, 8); aspectos de lengua-estilo (a veces algo superficiales, p.e. 1, 13 *missis... habenis* es metáfora hípica, pero ¿qué significa en Propertio?); análisis de motivos elegíacos (p.e. el de la Musa elegiaca frente a la épica 1, 13-14, pp. 64-65, 68, 70); de la elegía amatoria; estudio

de la métrica (p.e. 1, 9-10; 7, 40; 22, 10). F. hace un buen acopio de *loci similes*, con pocas excepciones de pasajes pasados por alto, de los que un caso claro es p.e. 1, 7 *armis*, donde cita el comienzo de la *Eneida* y no el obligado de *Amores* I 1. Finalmente F. utiliza bien el material de otros comentaristas, haciendo muy buen uso de savia nueva para el suyo. A lo largo del comentario F. hace traducción parcial de algunos pasajes, una versión especialmente valiosa al ser de un comentarista (p.e. 1, 1, p. 44).

Un comentario es siempre algo abierto a discusión, y a tantos enfoques como subjetividades se enfrenten a él. En este sentido haré, pues, pocas observaciones. Como cuestión general, el uso de tan rica bibliografía, siempre plausible, resulta incómodo cuando omite los títulos de libros y artículos no citados en la bibliografía selecta: la mayor claridad expositiva y el ahorro de espacio tienen su coste en la dificultad de la localización de las obras, de manera que el volumen se hace dependiente en esos puntos del manejo de la *Bibliografía Properziana* de Fedeli-Pinotti, Asís 1985.

En cuanto a pasajes particulares se echa de menos algún detalle: 3, 47-48 la mención del tema del *exclusus amator* falta en su sensitiva interpretación del texto como metáfora bélica; 11, 25-26 P. Grimal, «Properce et les exploits de Semiramis», *RPh* 55, 1981, pp. 21-23; sobre los *magnis... ludis* de 18, 19-20 citar discusión del pasaje en S. Jameson, «22 or 23?», *Historia* 18, 1969, pp. 204-229.

De enorme utilidad son los siete índices, tanto los tres primeros, tradicionales, de estudiosos modernos, autores clásicos citados, nombres y términos, como especialmente los cuatro últimos, modélicos por su claridad, que registran separadamente 1) lengua, estilo y técnica compositiva, 2) cuestiones prosódicas y métricas, 3) poeta, poesía y poética, 4) *topoi*.

ANA PÉREZ VEGA

HÖLLGER, WINFRIED.—*Die handschriftliche Ueberlieferung der Gedichte Gregors von Nazianz. 1. Die Gedichtgruppen XX und XI*. Paderborn, Schöningh, 1985, 174 pp.

Este estudio sobre la tradición manuscrita de los grupos XX y XI de los poemas de Gregorio de Nacianzo incluye un prefacio de Martin Sicherl y los cuadros generales elaborados por Heinz Martin Werhahn, y se anuncia como la primera entrega de una empresa colectiva. Sin duda una de las mayores lagunas para el estudio de la poesía del siglo IV es, precisamente, la falta de una edición crítica de los poemas de Gregorio de Nacianzo, que comprenden unos 17.500 versos, y que aún leemos en la edición de los maurinos reproducida en *PG* 37 y 38. La segunda guerra mundial hizo perecer los materiales de otra edición proyectada, y en fase muy incipiente quedaron los trabajos de Werhahn, que acumuló microfilmes y fotocopias y trazó unos cuadros en los que aparecen los manuscritos clasificados por el número y orden de las poesías que contienen. Los materiales de Werhahn han sido cedidos generosamente por su autor y constituyen el punto de partida de un trabajo colectivo de edición que dirigen M. Sicherl y J. Mossay.

Al contrario de lo que ocurre con la inabarcable abundancia de manuscritos de los *Discursos*, los poemas se conservan en 63 manuscritos que incluyen diversas colecciones, y en otros muchos que incluyen algún poema suelto. Pero la gran dificultad estriba en que la tradición no presenta un *corpus* cerrado, sino grupos, definidos a veces y, otras veces, de límites fluctuantes e imprecisos, de forma que para cada

poema hay que fijar las bases de edición de modo individualizado. Werhahn distinguió veinte grupos, delimitados por el contenido y la secuencia de los poemas, pero con muchas alteraciones, de forma que la frontera entre grupos es casi siempre un recurso metodológico.

Sólo el grupo VI (dos manuscritos y seis poemas) y el grupo XX (cuatro manuscritos completos, dos fragmentarios y cuarenta y dos poemas) presentan contenidos y secuencias puros, aunque en todos los demás hay rastros de ordenaciones y coincidencias notables. Otras veces un grupo es el resultado de una selección efectuada sobre otros varios, como ocurre en el grupo XX, que es una edición renacentista que incluye poemas de V, VII, X-XVIII.

En este estado de cosas es importante hacer hincapié en que es imposible encontrar un *stemma* unitario, no sólo para toda la tradición sino incluso para cada grupo, ya que hay poemas que se encuentran en varios grupos diversos. Esto explica que se proceda por grupos, pero que los *stemmata* se presenten por poemas, allí donde los testimonios se solapan entre varios grupos.

Los manuscritos han sido estudiados sobre microfilmes y fotocopias, y sólo ocasionalmente se han utilizado directamente. Es obvio que, en una fase ulterior, habrá que hacer un estudio de conjunto que ponga de manifiesto cómo se han formado los grupos, cuál ha sido la función de los comentarios y paráfrasis bizantinas, qué papel podemos asignar a la traducción siríaca, etc. De momento en esta *recensio* general se prescinde de los elementos codicológicos, lo que constituye una limitación muy seria de este estudio, que se va corrigiendo en el examen de cada grupo, pero que impide la formulación de hipótesis sobre relaciones entre ellos.

Los grupos aquí estudiados son dos de los más significativos: el XX, que contiene unos 7.000 versos, y el XI, que abarca unos 6.000. De poemas contenidos en ellos existen ya ediciones críticas (Werhahn, Cummings, Jungck) que facilitan el estudio y el contraste, y permiten establecer relaciones para los demás poemas del grupo. Además el grupo XX, al contener poemas de otros grupos, puede contribuir a elucidar las relaciones de los manuscritos en el interior de ellos. En un segundo tomo, ya aparecido, se estudia el grupo I, que es especialmente complejo. El resto de los grupos, más simples, se incluirá en uno o dos volúmenes más.

El lector encuentra en cada uno de los análisis efectuados por Höllger elementos suficientes para formarse una opinión sobre las relaciones propuestas. Destaca la valoración de las faltas de copia, dentro de la más pura ortodoxia ecdótica. Los resultados obtenidos para el grupo XX no modifican las bases científicas hasta ahora aceptadas para la constitución de los textos. Los manuscritos del grupo XI se vinculan a dos hiparquetipos (Ψ y Ω) que derivan de un arquetipo ω . El hecho de que no se reconozcan faltas de uncial entre ellos —lo que podría indicar una doble transliteración— y la existencia de faltas comunes, hacen pensar que se trata de un arquetipo unitario, y de una tradición cerrada. Esta conclusión, que me parece demostrada, difiere de la de Jungck en su edición del *De uita sua*.

Por el método empleado para abordar el estudio de una tradición tan compleja como la de las poesías de Gregorio de Nacianzo, el trabajo de Höllger adquiere una importancia teórica que desborda el marco al que se ajusta. La existencia *a priori* de bloques de poemas que se transmiten era muy evidente, pero la novedad introducida consiste en trazar el *stemma* correspondiente a cada poema inscribiéndolo en el conjunto en el que se nos ha transmitido. Los resultados son coherentes y, cuando llegue a su término este proyecto colectivo, permitirán sentar las bases de una auténtica edición crítica. Nos hubiese gustado encontrar una lista completa de los manus-

critos que incluyen poesías de Gregorio de Nacianzo, sin excluir los que sólo contienen algunas, como se hace en pp. 21-22.

También hubiese sido interesante que la lista de manuscritos incluyese al menos la mención del copista, elemento que —gracias a los estudios recientes— tiene cada vez mayor importancia para establecer relaciones entre los códices. Todo ello queda para la síntesis anunciada por M. Sicherl, y que deseamos sea pronto una realidad.

FÉLIX PIÑERO

CERASUOLO, S.; CAPASSO, M., y D'AMBROSIO, A.—*Carlo Maria Rosini (1748-1836). Un umanista flegreo fra due secoli*. Benevento, Azienda Autonoma di Cura, Soggiorno e Turismo di Pozzuoli, 1986, 281 pp. + 16 ilustraciones.

Monseñor Rosini, obispo de Pozzuoli, es conocido en el ámbito de la Filología Clásica fundamentalmente por la labor que desarrolló en la famosa *Officina dei Papiros Ercolanensi*, primero como intérprete y, después, como superintendente de la misma. Este libro, dedicado a estudiar su personalidad de hombre de ciencia y, también, de Iglesia, constituye una excelente oportunidad para acercarse a conocer las vicisitudes, los problemas y dificultades afrontados por quienes hace más de siglo y medio andaban embarcados en la ingente tarea de dar a conocer, con todas las garantías que podían proporcionar los métodos científicos entonces conocidos, un legado de incalculable valor: los papiros de Herculano. Los trabajos, al cabo de tanto tiempo, prosiguen en nuestros días y no parece que estemos cerca, ni mucho menos, de asistir a su conclusión.

La obra consta de un prefacio de Marcello Gigante y tres artículos en los que se aborda la personalidad intelectual de Rosini. Se complementa con un índice de ilustraciones y otro de nombres propios.

El Prof. Gigante aprovecha la presentación de la obra (pp. 5-11) para hacer una valoración, bastante ponderada, del papel desempeñado por Monseñor Rosini en el proceso de publicación de los papiros herculanenses y, de modo especial, como editor de Epicuro: sin olvidar sus logros y méritos, pone especial cuidado en recoger también las deficiencias de su trabajo y las críticas que éste suscitara posteriormente entre los especialistas.

En la primera parte de su estudio («Contributo alla biografia intellettuale di Carlo Maria Rosini», pp. 15-66), Cerasuolo se propone «ricostruire attraverso i documenti la biografia intellettuale di uno studioso que ha improntato il sorgere della nuova disciplina della papirologia e che ha svolto il suo ministero episcopale in una cittadina meridionale fra le convulsioni politiche e ideologiche di fine Settecento e inizio Ottocento» (p. 60). El autor dedica la mayor parte de su estudio a defender a Rosini en una serie de polémicas: las acusaciones de que su edición del *Περὶ μουσικῆς* de Filodemo se debía, en realidad, a su maestro Mazzochi, su supuesta inclinación en favor del jacobinismo francés frente a la fidelidad a la causa borbónica de los fieles de su diócesis, las quejas del erudito inglés Hayter contra el obispo que había obstaculizado su labor al frente de la Oficina de Papiros, las sospechas generalizadas de que Rosini se ha aprovechado del trabajo de otros en su actividad como editor, etc. Estas y otras muchas cuestiones dan pie a Cerasuolo para alabar a Rosini como una gran figura de la papirología herculanense.

La segunda parte de su artículo se dedica a las comedias latinas del obispo de Pozzuoli (pp. 61-128). Son éstas obras escritas para ser representadas durante la ce-

lebración del carnaval de los seminaristas, inscritas dentro de toda una tradición que se viene desarrollando en la Iglesia con arreglo a las exigencias planteadas por la Contrarreforma y según el modelo propuesto por el jesuita Ottonelli.

Mario Capasso («Carlo Maria Rosini e i papiri ercolanesi», pp. 131-192) lleva a cabo un balance de la experiencia de Rosini como editor de los papiros de Herculano. A tal efecto, divide su análisis en tres apartados: estudio del papel desempeñado por aquél en la composición de las obras herculanenses que muchos le atribuyen y otros le niegan (el libro IV del *Περὶ μουσικῆς* de Filodemo, la *Dissertatio isagogica ad Herculaneisium uoluminum explanationem*, los libros II y XI del *De natura* de Epicuro...); aclaración de sus tormentosas relaciones con el inglés Hayter; establecimiento de su contribución al desarrollo de la papirología herculanense desde su cargo como director de la Oficina de Papiros Herculaneses. Esta última parte la aborda Capasso no sólo desde el punto de vista cuantitativo (cantidad de papiros desarrollados, leídos, etc.; personal empleado): también toma en consideración otros aspectos igualmente interesantes, como la marcha de los trabajos, las publicaciones, los numerosos problemas que el obispo de Pozzuoli se ve obligado a afrontar en estos años, derivados, en su mayor parte, de los caprichos e inconstancias de los gobernantes de turno. Para el autor, los cincuenta años que Rosini ha estado al frente de estas labores han supuesto un período decisivo en la historia de la edición de los papiros de Herculano. Si bien algunas de sus decisiones pueden parecer discutibles, lo cierto es que este humanista ha supuesto para los papiros un elemento de continuidad y una garantía de su tutela en unos años especialmente difíciles y agitados.

En el último de los estudios que integran la obra («Carte inedite di Carlo Maria Rosini nell'Archivio Vescovile di Pozzuoli», pp. 195-267), Angelo d'Ambrosio recoge 72 de un conjunto de 138 cartas inéditas del obispo, halladas en la Biblioteca del Seminario Episcopal de Pozzuoli en 1982. El autor las publica clasificadas con arreglo al ámbito en que se inscribe su temática (por un lado, las relacionadas con la actividad científica del obispo en la *Officina dei Papiri* y en la *Accademia di Storia e Belle Lettere*; por otro, las derivadas de sus obligaciones eclesiásticas). D'Ambrosio suplementa lagunas, explica abreviaturas, completa palabras mutiladas y añade notas que aclaran el texto.

En conjunto, pues, nos encontramos con un libro que intenta acercarnos a la persona, la obra y la época de una gran humanista y filólogo clásico, en el más puro sentido de la palabra, a caballo entre los siglos XVIII y XIX. Al mismo tiempo, se nos ofrece la oportunidad de asistir muy de cerca a uno de los períodos más intensos y agitados de la historia de la edición y publicación de los papiros de Herculano.

JOSÉ JOAQUÍN CAEROLS

II. LINGÜÍSTICA

Diccionario Latino. Dirigido por S. MARINER. Madrid, Instituto de Filología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fascículo 0, 1984, y fascículo 1, 1988, 112 pp.

Con la aparición de la lista de autores y un primer volumen de material lematizado que abarca desde *a* hasta *acute* se materializan los resultados iniciales de una larga tarea colectiva que ha venido ocupando a un amplio equipo de colaboradores

en el tiempo y que se inscribe dentro de una sólida tradición en lexicografía antigua del mismo centro donde se desarrollan los trabajos del *Diccionario Griego-Español*.

El propósito del *DL* es incluir el material lexicográfico de toda la latinidad antigua desde los primeros testimonios hasta S. Isidoro inclusive, incorporando nombres comunes y propios, con la única excepción de los nombres de persona documentados sólo en inscripciones. Se ha procurado aprovechar los avances de la Lexicografía, las nuevas concepciones lingüísticas y los progresos debidos a la crítica textual y a la moderna Filología en su conjunto. Todo ello lo convierte en el proyecto de mayor envergadura emprendido por la lexicografía latina en lengua castellana.

El fascículo 0 comprende una pormenorizada relación de advertencias para el manejo provechoso de la obra y una lista de autores y obras citadas en la que se recoge alfabéticamente el nombre latino del autor y su traducción castellana, con una concisa indicación para su identificación y su cronología, así como sus obras y las ediciones de referencia. La atención que recibe una lista o canon de estas características en un diccionario suele ser muy reveladora del rigor con que se encara la tarea lexicográfica: en este caso es un instrumento de trabajo correcta y rigurosamente elaborado, muy útil para cualquier estudioso del mundo latino, si bien convendría hacer algunas salvedades en cuanto a su concepción. En primer lugar se echa en falta, en ocasiones, una actualización razonable de las ediciones tomadas como base, sobre todo cuando un texto ha sufrido revisiones o mejoras críticas considerables. Es el caso, por ejemplo, de Idacio, cuya *Crónica* se cita por la edición de Mommsen de 1894, reed. 1961 (p. 36), sin contar con la excelente de Tranoy de 1974; o de Lucifero de Cagliari, citado por Hartel, 1886 (p. 41) y no por la edición completa de Diercks de 1978, o por ediciones específicas de algunas de sus obras, como la de V. Ugenti de 1980. Y ello nos lleva a un segundo problema: en los autores con un volumen importante de obras y de material, aunque algunas veces se citan ediciones concretas para cada una de sus obras (como ocurre con S. Agustín, pp. 17-18), es muy frecuente que sean citados por una única edición, lo cual facilita evidentemente la localización de las citas, pero no nos asegura la calidad crítica de la edición, sobre todo cuando se trata de autores tan destacados como Cicerón, cuyas citas proceden, para toda su obra, de la edición de Orelli-Baiter-Halm, 1845-1861, y, para los fragmentos, de Müller, 1879 (p. 23). En tercer lugar, es habitual que se remita a varias ediciones distintas para un mismo autor u obra, lo que puede ocasionar confusiones al usuario en la identificación de una cita o de la edición realmente utilizada: así, *PAVL. FEST.*, que proporciona un valioso bagaje de vocabulario, se cita en el fascículo 1 por la página de la edición de Müller, como en los hápax *abnuitio* y *absegmen*, según se explica en las advertencias del fascículo 0, apartado II 5 B c, p. 9, mientras en la lista de autores se nos remite a la edición teubneriana de Lindsay, 1913, *ibid.*, p. 48. Por otra parte, esta pluralidad de ediciones acarrea también dificultades para la identificación de la procedencia de las variantes y conjeturas, a las cuales se atiende en el diccionario (por ejemplo, en el lema del problemático hápax *abaestuo* se nos informa de que es una conjetura, pero no se aclara de cuál de las dos ediciones del *CARM. RES.* citadas en la lista de autores procede, de la de Waszink o de la de Hartel, p. 21). En todo caso, estos detalles no dejan de ser insignificantes dentro de un universo tan complejo como el que plantea una obra de esta dimensión, que exige adoptar muchas decisiones y establecer múltiples criterios y convenciones.

En cuanto a los lemas del fascículo 1, el cuerpo mismo del diccionario, la organización interna de las acepciones se atiende preferentemente al criterio semántico de la lengua de salida y, secundariamente, al histórico y al estadístico de frecuencias,

como se indica en la nota preliminar. Tenemos que destacar, sin lugar a dudas, el esfuerzo realizado para ofrecer la mayor cantidad de información posible de forma clara y concisa (prosodia, etimología, variantes y cronología tanto de la palabra misma como de las acepciones) y para precisar el contexto gramatical y semántico en que se articulan los significados. Otro logro es la acertada conjunción entre la amplia cronología que abarca (desde los primeros testimonios hasta finales del siglo vi d.C., al igual que el *Thesaurus Linguae Latinae*), en un serio intento de recoger todo el léxico documentado, y el carácter selectivo de las citas incorporadas, gracias a lo cual se consigue un instrumento bastante útil y manejable para obtener la radiografía de una palabra. También enriquece sensiblemente el trabajo la consideración de las conjeturas y variantes de la transmisión textual, tratadas habitualmente con ponderación y cautela. Únicamente apuntaríamos alguna carencia en este sentido: al lema *abdituus* se le atribuye una cronología tardía con una sola aparición en el epítome de PAVL. FEST., p. 22 de la edición de Müller, pero no se recoge la conjetura de esta misma palabra que hizo Gulielmus en el controvertido pasaje de Plauto, *Poen.* 65, que precisamente es adoptada en este texto por los dos editores de Plauto citados en la lista de autores, Ernout y Oliver (aunque otros no la aceptan, como Lindsay y Nixon).

Otro aspecto en el que se puede contrastar el grado de consistencia y de madurez en la confección de un diccionario es el cuidado prestado a la lengua de salida, porque esta labor, lejos de poder quedar reducida a una búsqueda mecánica de equivalencias, requiere un trabajo reflexivo, paciente y artesanal en el que entra en juego tanto la comprensión de los textos y contextos originales como el dominio de la lengua a que se pretende verter. En el *DL* se ha practicado un fino esmero en el manejo del castellano, procurando adecuar las traducciones a los registros del original y ofreciendo habitualmente un repertorio acertado de palabras castellanas para cada acepción. Contribuye también a elucidar la significación de los vocablos latinos la inclusión, en los textos procedentes de traducciones literales, del original griego, como ocurre con las citas del *CGL* (cf. *abarguo*, ἀπολέγχω), lo que hubiera sido de agradecer que se hubiera hecho de forma más sistemática con los términos documentados tan sólo en la *Vetus Latina* (cf. *abaudio*).

Esta primera entrega del *Diccionario Latino* es ya, en definitiva, una aportación indispensable no sólo para la lexicografía latina en castellano, sino también en el panorama internacional, y una inestimable obra de consulta para lo publicado hasta el momento, que es todavía una fracción proporcionalmente pequeña de todo el acervo léxico latino. Lamentablemente su director, el Dr. S. Mariner, que dedicó el tesón de muchos años a esta tarea, no ha podido ver publicado el fascículo 1. Esperamos que el empeño colectivo que ha dado ya estos primeros frutos y que ahora se ve interrumpido se reemprenda en un próximo futuro con nuevo brío y con la ayuda de medios informáticos que agilicen tareas hasta ahora manuales.

ANTONIO MORENO HERNÁNDEZ

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C.—*La categoría verbal «modo» en Plauto*. Sevilla, Alfar, 1986, 132 pp.

Tras un breve prólogo de J. A. Correa Rodríguez, el índice, unas notas preliminares y la bibliografía, se presenta el *status quaestionis* de los modos en latín en general: se pasa revista crítica a una serie de trabajos que van de Mariner (1957) a

Calboli (1983). Entrando ya en el estudio concreto de los modos en Plauto, se toma como «horma teórica el modelo de Mariner —tal y como había quedado después de su revisión en 1965—» (p. 52) y se opera sólo en la oración independiente. Y así, se trabaja con las oposiciones ficción/no ficción (por ella, irreal y potencial/indicativo, e irreal —ficción absoluta—/potencial —ficción relativa—) y actuación/no actuación (por ella, imperativo/resto de los modos), en las que los términos no marcados (los que hemos puesto en segundo lugar) pueden emplearse por los marcados (el infinitivo, a su vez, por ser «el grado \emptyset de la categoría modo» —p. 104—, es susceptible de ser empleado por todos). En este sistema, C. F. M. inserta el concepto de modalidad, que Rubio había opuesto claramente al de modo, de la manera en que Mariner lo había hecho con anterioridad a aquél, aunque, a lo largo del trabajo, discrepando explícitamente de Rubio y en un cierto debate consigo misma, trata de desarrollar y perfeccionar dicha manera. En resumen, la modalidad actuativa (así se denomina, p. ej., en p. 60) se concibe como algo exclusivamente expresado a nivel segmental y propio del imperativo, si bien por neutralización lo pueden tener también el indicativo, el potencial y el irreal (e incluso el infinitivo); otras clases de modalidad corresponden a la modalidad de la frase. En efecto, según la autora, el imperativo indica actuación, pero la actuación es una modalidad (cf., p. ej., p. 52 o p. 58). De otro lado, esta modalidad, por el hecho de expresarse segmentalmente (por el imperativo), convierte a la forma que la posee propiamente, en un modo (cf., p. ej., p. 62). Además, dado que esta modalidad actuativa se entiende únicamente como mandato (cf. p. 94 ss.) y dado que la misma se expresa sólo segmentalmente y que, en cambio, por otra parte, el deseo no tiene expresión segmental, se viene a concluir que modalidad actuativa y modalidad desiderativa son distintas, lo que constituye un aspecto fundamental de la crítica a Rubio (cf. pp. 39 y 61).

Lo primero que hemos de decir ante toda esta teoría con que C. F. M. desmonta las etiquetas tradicionales colocadas a las distintas formas modales plautinas y pretende explicar el funcionamiento de estas últimas, es que no vemos por qué el hecho de que una determinada modalidad tenga formas propias a nivel segmental ha de excluir que esta misma modalidad se pueda expresar dentro de la misma lengua también (en los casos en que no se indique segmentalmente) o incluso además (en cualquier caso) a nivel suprasegmental. Además, para la autora, la modalidad suprasegmental que tienen las frases donde aparece actuación, ¿es la misma que se da en la sintaxis lógica? De la teoría que se propone parece deducirse una respuesta afirmativa, pero no se dice nada explícitamente y menos se demuestra. Sin embargo, es en este terreno, en el de las diferencias reales de modalidad de frase existentes en latín, en donde habría que haber llevado a cabo la crítica a Rubio. Por el contrario, moviéndose más bien en el puramente segmental, creemos, no se demuestra la diferencia modalidad impresiva/modalidad expresiva: Rubio, que se sitúa en este caso en ese terreno de la modalidad de la frase, con su indistinción no niega, como deduce C. F. M. (p. 61), el que «con una forma verbal o expresamos un deseo o expresamos una orden, pero no ambas cosas a la vez», sino que afirma que una orden y un deseo tienen la misma modalidad de frase. Por otro lado, a este propósito la autora misma parece rectificarse: para expresar los deseos en la lengua viva latina no es suficiente sólo la modalidad expresiva, sino que resulta también «obligada la presencia de adverbios» (p. 64) determinados.

Tampoco entendemos por qué el que una modalidad se exprese a nivel segmental ha de convertir a la forma que la indica en modo, a no ser que se confundan o no se diferencien claramente las ideas de modo y de modalidad: la noción de actuación

dada como propia del imperativo ¿es de la misma «clase» que la de ficción empleada para el indicativo, el potencial y el irreal? Si lo es, hablese siempre de modalidad o de modo; si no lo es, hablese en un caso de modalidad (de nivel segmental si se quiere) y en otro de modo.

La concepción monolítica del imperativo sustentada es el prejuicio que, sin duda, no ha permitido a la autora siquiera, al igual que hace decididamente en todas las demás formas verbales, criticar en Plauto los diferentes «matices» que la gramática tradicional suele distinguir en el uso de este modo (concesión, ruego, deseo, suposición...) ¿No nos hablarán estos «matices» de que la oposición ficción/no ficción ha de contar también con el imperativo? La noción de actuación y la de ficción, lejos de excluirse, pueden «convivir», y así lo admite C. F. M. en las formas de la no actuación cuando éstas, en sus usos neutros, adquieren la «modalidad» de actuación sin perder por ello su valor «modal» (no obstante, se defienden ciertos casos, discutibles para nosotros, de «oscurecimiento» o incluso de pérdida de una de las dos nociones —cf., p. ej., pp. 71-72). La presente investigación, al ignorar por completo los citados «matices» y no contrastarlos con su teoría, debilita uno de los pilares de ésta (la equivalencia imperativo = actuación = mandato).

Aun sin proponerse emplear una metodología propiamente estadística, se debiera haber sido algo más cuidadoso en los datos cuantitativos ofrecidos: en varios casos no nos cuadran las cifras (cf., p. ej., las diversas deducibles en p. 69 para el total de presentes de subjuntivo irreal). También el «procesamiento» del texto hubiera debido ser más estricto (evitando hechos como, p. ej., coma a principio de línea, p. 10, línea 12).

De entre las conclusiones a que llega la autora, es de destacar la global: el sistema modal latino (en la oración independiente) de la época arcaica (concretamente de Plauto), al menos tal como se concibe en este trabajo, se distingue del de época clásica con «diferencias que, en gran parte, se ciñen exclusivamente a la norma y no al sistema» (p. 111). De otro lado, la investigación, con un claro deseo de trascender su objeto específico, finaliza con la formulación de un modelo inspirado, según la autora, en la llamada Teoría General de Sistemas (de la que, no obstante, parece manejarse simplemente un artículo de M. García Pelayo de pocas páginas y de 1975), el cual intenta mostrar «un enfoque pancrónico del problema» (p. 114), capaz de superar las limitaciones prácticas que, en opinión de C. F. M. (p. 46), imponen las nociones de sincronía y diacronía. En este «modelo», que adopta la forma de cuadro con cuatro columnas («verbo», «su valor», «uso neutro» y «ejemplos de Plauto») y cinco filas (tantas como formas modales), y que presenta casillas vacías, está estructurado todo el presupuesto teórico que hemos expuesto y discutido más arriba.

Es, pues, la que nos ocupa, una obra con el mérito de no quedarse en la pura especulación teórica, con varias propuestas para la solución de problemas puntuales del uso de los modos, sin duda discutible en varios aspectos, pero merecedora de agradecimiento al hacernos reflexionar poniendo en tela de juicio, p. ej., un sistema como el de Rubio, que se venía dando entre nosotros como claramente superador de lo anterior, y enfrentándose a un aspecto de la sintaxis plautina con una visión muy distinta a la de la ya lejana *Syntax of Plautus* de M. Lindsay.

L. A. HERNÁNDEZ MIGUEL

COVA, P. V.; GAZICH, R.; MANZONI, G. E., y MELZANI, G.—*Studi sulla lingua di Plinio il Vecchio*. Milán, Vita e Pensiero, 1986, 233 pp.

En la bibliografía sobre la *Naturalis Historia*, frente a lo que ocurre a propósito del contenido, las aportaciones que consideran la lengua en sí son escasas y sin apenas revisión del juicio sobre la misma. Precisamente (y así se opina también en el libro que se va a reseñar, pp. 13-14) cabe que esta persistencia por parte de la crítica en un determinado juicio sea una de las razones que alejan a los investigadores de este aspecto de la obra pliniana. Sin embargo, en el caso de los cuatro trabajos (tres propiamente lingüísticos y uno más bien de técnica literaria) reunidos aquí puede decirse que ocurre al revés: su intención no es «di intaccare il consenso esistente nella critica sulle caratteristiche espressive di Plinio, ma piuttosto di verificarlo in estensione... ed eventualmente fonderlo meglio alla luce di criteri tradizionali e moderni» (p. 11). El citado «consenso», que en opinión de sus respectivos autores queda ahora refrendado con estas cuatro investigaciones, es el carácter sobre todo «d'uso» de la lengua de Plinio el Viejo, carácter que, observamos nosotros, no se define en las mismas en profundidad: simplemente suelen diferenciar éste de la lengua «popolare» y, en cambio, ponerlo cerca del «parlato» (cf., p. ej., pp. 14, 140 y 232); modelo básico de su concepción parece ser la *Lateinische Umgangssprache* de J. B. Hoffmann y, de manera más específica, los *Pliniana...* de Önerfors.

El primer trabajo, el más extenso con mucho (129 páginas; por el contrario, cada uno de los otros tres ronda las 30), estudia «L'ablativo assoluto nella *Naturalis Historia*» y es de P. V. Cova. El análisis llevado a cabo aquí, si bien quizá peca algo de amplitud, puede ser un modelo paradigmático aplicable a otros textos. En la discusión de sus principios teóricos, el autor prefiere reducir el ablativo absoluto «a un caso particolare di ablativo con attributo (nominale o verbale)» (p. 17); en la aplicación de estos principios, pasa revista a toda una serie tipológica de ablativos absolutos, incluidos los con nombre, con conjunción y con referencia anafórica. Entre las conclusiones de Cova nos parecen destacables el que «Plinio predilige l'ablativo per la facilità, con cui si presta a inserire particolari o concetti nuovi senza modificare la struttura di base» (p. 139) y el que «il suo procedere per aggiunte distrugge qualsiasi disegno compositivo. Non è un semplice problema di dissimmetria... Plinio varia per semplice negligenza... A Plinio, leggendo, basta capire (...) e, scrivendo, farsi capire» (p. 140).

La segunda investigación, perteneciente a R. Gazich, tiene por objeto la «Tecnica di inserzione e struttura dell' *exemplum* narrativo nella *Naturalis Historia*» y aplica métodos de la actual narratología francesa. Se entiende esta clase de *exemplum* como «un inserto ad articolazione narrativa, che si innesta a provare o ad illustrare un punto dell'esposizione mediante un *exemplum*, inteso sia come elemento di un patrimonio storico-letterario, sia come *miraculum* della natura» (p. 147); supone 98 «passi» de la *NH*. Para examinar la técnica de inserción del *exemplum*, parte de la idea de que entre discurso primario y *exemplum* ha de haber la misma relación que entre *verbum proprium* y tropos (pp. 148-9); los *exempla* por semejanza son mucho menos numerosos que los por contigüidad, en los que distingue R. Gazich cuatro tipos (p. 151). De otro lado, se observan también cuatro modos fundamentales de «stabilire la distanza rispetto all'informazione dell'*exemplum*» (pp. 154-5). El *exemplum* consta de dos partes (p. 160): normativa y narrativa. Tras concluir que «l'analisi rivela la presenza di un modello narrativo e anche di caratteristici moduli funzionali del racconto pliniano» (p. 169), remite a un estudio posterior para verificarlo.

El tercer artículo se debe a G. E. Manzoni y está dedicado a «Arcaísmi e grecismi nella lingua della *Naturalis Historia*». En opinión del autor, los arcaísmos (fonéticos y morfológicos sobre todo) en el conjunto de los treinta y siete libros de la obra pliniana son «fenomeni che... risultano sostanzialmente insignificanti» (p. 181) y «probabilmente... presenti nella coscienza linguistica dello scrivente e forse dei lettori, in quanto accettabili como forme del *sermo cotidianus*, forse addirittura rustico, o apprezzabili per puro gusto di *uariatio*» (p. 182). Por su parte, los helenismos son en su inmensa mayoría de tipo léxico y, en concreto, casi con exclusividad «lemmi scientifico-naturalistici» y pertenecientes, según G. E. Manzoni, a seis «livelli» (p. 187). Arcaísmos y helenismos, en fin, se contemplan dentro de un uso en Plinio «esclusivamente strumentale della lingua, subordinato al progetto enciclopedico, e perciò aperto a tutti gli apporti, alle diverse tendenze, senza rifiuti aprioristici o adesioni settarie» (p. 200).

La última aportación, «Un aspetto della lingua d'uso nella *Naturalis Historia*: interiezioni ed espressioni esclamative», debida a G. Melzani, busca ante todo «di rilevare, in tutta la *NH*, il contesto che provoca l'esclamazione» (p. 203). Este contexto es, según el presente estudio, la «ispirazione moralistica» (el más importante), el «sentimento della meraviglia» (el segundo en frecuencia), el «elogio» (en el que se expresa la admiración por la naturaleza) u otros aspectos diversos. Melzani expone el «elenco di interiezioni e espressioni esclamative, raggruppate secondo le particolarità tecniche» (p. 207 ss.; hubiera debido citarse y considerarse aquí una obra como la de G. Luck, *Über einige Interjektionen der lateinischen Umgangssprache*, Heidelberg 1964): para cada forma recogida, da casi siempre los textos en donde aparece y su posición y contexto en la oración, así como aspectos de esta última, y suele ofrecer la cifra de su número de apariciones. En conjunto, la conclusión del autor es que «la lingua per Plinio non è occasione per il raggiungimento di effetti artistici, ma solo mezzo di trasmissione genuina del pensiero e dei sentimenti dell'autore» (p. 232).

Así pues, los estudios recogidos en la obra reseñada, pensamos nosotros, dan ejemplo de que, aun compartidos por el común de la crítica, han de ser comprobados, ponderados y explicados nuevamente los tópicos y las simplificaciones sobre literatos y obras: decir de Plinio el Viejo que escribe mal o emplear juicios más duros sobre su estilo como se suele hacer a veces, o afirmar que usa una lengua coloquial o incluso vulgar, es decir bien poco si no queda iluminado por el móvil que le lleva a ello; la lectura de los trabajos comentados parecen inducirnos a ver en Plinio al enciclopédico maestro que escribe como escribe porque la ingente extensión de su *Naturalis Historia* no le permite detenerse en «preciosismos» literarios ni siquiera cuidar mínimamente de su período y le empuja, por otra parte, a una gran variedad de estilos, y porque además la intención del escritor es ante todo comunicar sus conocimientos y su actitud ante los mismos.

L. A. HERNÁNDEZ MIGUEL

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

BECK, F. A. G.—*Bibliography of Greek Education and Related Topics*. Sydney, F. A. Beck, 1986, 328 pp.

El tema de la presente bibliografía es el de la educación, pero, desde el principio, se plantea como el estudio de ésta dentro del contexto cultural, histórico, social, etc.,

lo que, sin duda, hace difícil establecer límites de una manera clara, como veremos. La bibliografía, recopilada por diferentes métodos, lo que no deja de notarse en los datos apuntados, está recogida en el año 1980. En primer lugar, hay una sección clasificatoria correctamente organizada a través de un sistema numérico decimal, con un índice alfabético de los temas que han servido de base para la clasificación. Es el modo de encontrar bibliografía desde unos planteamientos temáticos. Luego se añade una sección alfabética que es donde se aportan los datos bibliográficos y los escasos comentarios. Es casi imprescindible consultar las dos secciones. Se agrega un índice de abreviaturas y otro de revisores. La obra tuvo que acudir a la autofinanciación y se editaron sólo 150 copias.

Muestras de las dificultades de establecer límites fijos son la entrada «Homero como historiador» (341.7), el hecho de que se refiera prácticamente a toda la literatura griega o el que en 351 trate de la escritura lineal. Frente a ellos, otros epígrafes se refieren a aspectos muy concretos de la educación. Algunos autores reciben un trato especial: Jenofonte y Aristóteles, por ejemplo, son objeto de una enumeración bibliográfica por cada una de sus obras. Hay bibliografía también sobre testimonios arqueológicos (911) o sobre juegos (925), entre otros aspectos del mundo antiguo relacionados de un modo o de otro con la educación.

El tema de la educación mismo, por otro lado, resulta un criterio algo vago. Por ejemplo, el n.º 250 se refiere a Historia y Cultura antigua que pudiera tener alguna relación con aquélla, y se incluye el libro de Finley sobre «Uso y abuso de la historia». Dentro del epígrafe sobre educación minoica y micénica (320) se encuentra la «civilización egea» de G. Glotz, y dentro del de la educación micénica, el «Homero y Micenas» de Nilsson. Por ello, cabría decir que tiene una utilidad general para el conocimiento del mundo antiguo, más que la precisa para buscar específicamente bibliografía sobre educación. Por ejemplo, ¿es educación todo lo que trata de la escritura? (350).

La concepción que informa el planteamiento de la obra es sobre todo la de Jaeger: entre los educadores (800), se colocan todos los filósofos y, naturalmente, los sofistas, con un epígrafe especial para los sofistas como educadores (820.2). El volumen bibliográfico crece de modo paralelo a la importancia atribuida por Jaeger como parte de la historia de la educación.

En definitiva, un trabajo de este tipo es siempre útil, a pesar de las limitaciones procedentes del concepto mismo que se use como criterio ordenador.

DOMINGO PLÁCIDO

STOESSL, FRANZ.—*Die Vorgeschichte des griechischen Theaters*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1987, 152 pp.

Libro importante por los materiales que contiene relativos a danzas y rituales preteatrales, obtenidos de fuentes tanto arqueológicas como literarias. Aunque hay que apresurarse a decir que da más de lo que promete —difícilmente pueden calificarse de preteatrales muchos de los materiales que ofrece—, pero también menos, pues faltan muchísimas cosas. Otro problema es el de las interpretaciones, sobre él hablaremos.

Comenzamos por dar una idea del libro. Tras una «Vorbemerkung», el cap. II contiene materiales del tercer y segundo milenios, materiales arqueológicos de Lemnos, Creta y Micenas, sobre todo: algunos son bien conocidos, otros mucho menos.

se refieren a construcciones arquitectónicas, frescos, vasos, etc. Es capítulo interesante, con muchos datos y buenas interpretaciones. Al período geométrico se refiere el cap. III, con apartados sobre Ática, Esparta, Argólida, Corinto, Olimpia, las islas y Jonia, añadiéndose un capítulo sobre el ritual funerario, que no se ve muy bien por qué se separa. Todo este capítulo contiene casi exclusivamente material arqueológico, que completa el del libro de Tölle y otros y añade interpretaciones más o menos seguras.

Es en cambio mixto el contenido del cap. IV, referido al siglo VII. Hay una parte dedicada a las danzas corales en el epos, que obtiene sus materiales de los poemas y los himnos homéricos; paralelamente a la organización del capítulo anterior, se trata en otro apartado lo relativo al ritual funerario, también a partir de textos homéricos. Con esto se renuncia a comparar directamente el material literario y el geométrico contemporáneo, pero además el primero se mutila (es verdaderamente extraño que no se mencionen los dos proemios hesiódicos) y se somete a interpretaciones muy arriesgadas. Dentro de este capítulo volvemos al material arqueológico con el apartado sobre los tripudos, silenos y sátiros, ciertamente muy útil y completo; mientras que el relativo a Esparta es mixto (máscaras de Artemis Ortia, etc.; datos sobre los *deikelistai*, partenios de Alcman) e igual otro relativo al ditirambo.

A los siglos VII y VI se refiere al cap. V, cuyos datos coinciden muchas veces en cronología con los del cap. anterior. Está organizado por centros culturales: Lesbos, Corinto, Sición, Mégara y Ática. El material es mixto: literario para Lesbos (datos de Safo y otros), arqueológico (documentación muy completa sobre los tripudos) y otro (tradicción sobre Arión) para Corinto, literario sobre todo para Sición (el pasaje herodoteo sobre los coros en honor de Adresto) y Mégara (datos sobre la «comedia megárica»), mixto para el Ática (datos literarios sobre Solón, temas de la cerámica ática).

Como podrá observarse, se trata de un intento muy loable de conjuntar nuestra documentación. Los materiales que circulan entre los estudiosos del teatro son aumentados, son estudiados además con mucho detalle, véanse por ejemplo las descripciones del vaso de Dümmler y del *scyphos* corintio de los tripudos Loxios, etc.; se da en cada caso bibliografía completa. El libro resulta, pues, útil.

Pero tiene, pensamos, defectos importantes. Para empezar, el título responde mal a su contenido. Muchísima documentación sobre danzas diversas, interesante en sí, difícilmente puede decirse que se refiera a nada preteatral, salvo en el sentido de que toda danza, incluso las no miméticas, alguna relación tiene con las danzas de que surgió el teatro. Y a veces hay cosas que se despegan totalmente del tema. Nada tiene que ver con el teatro, pensamos, el catálogo de temas en la cerámica corintia (p. 82 ss.) o ática (p. 126 ss.), ni tampoco las elegías de Solón estudiadas en p. 116 ss.

Y luego vienen las lagunas. Antes mencionamos la relativa a los cantos de las Musas en los proemios hesiódicos. En la parte arqueológica las hay igualmente llamativas, por ejemplo, la relativa al vaso François, en que figura la danza de Teseo, Ariadna y los 14 jóvenes. Más graves aún, si cabe, son las relativas a fiestas diversas de carácter preteatral, del tipo de las Agrionias de Orcómeno, la de Dioniso en Naxos, las Carneas de Esparta, las Targelias de Atenas, las fiestas de Icaria, etc., etc. En mi *Fiesta, Comedia y Tragedia* (2.ª ed., Madrid 1983) y en mis *Orígenes de la Lírica Griega* (2.ª ed., Madrid 1986), pueden hallarse docenas y docenas de datos en este sentido. El autor desconoce estos libros, desde luego, pero los datos podría haberlos encontrado en bibliografía nada remota.

Otro problema es el de las interpretaciones. En términos generales hay que decir que falta un esquema general sobre el sistema y evolución de los elementos preteatrales en Grecia. Se hacen, eso sí, aportaciones punto por punto, a propósito de los diversos documentos. A veces hallamos interpretaciones sugestivas, más o menos nuevas según los casos. Así en los relativo a muchas «Reigentänze» arcaicas, al conocido *scyphos* corintio (los tripudos serían un coro que cantaría la muerte de la hidra de Lerna por Hércules, mito que figura en el vaso), etc. Temas como el del ditirambo de Arión (p. 95 ss.) están bien tratados.

Con más frecuencia me encuentro en desacuerdo sobre las interpretaciones. Pienso que no debería hablarse, ni a propósito del vaso de Anélato (p. 24) ni en otra parte alguna de coros mixtos de hombres y mujeres, aunque luego se precise hablando de semicoros. Otras veces, en cambio, se habla de dos coros sin base suficiente. Así en el caso de las musas que cantan «alternándose» en *h.Ap.* 147 ss. Y, sobre todo, en la gran escena de los funerales de Héctor en *Il.* XVIII: todo lo que se dice sobre esto en p. 48 ss. (un coro de hombres y otro de mujeres, distinción entre treno y *góos*, etc.) hay que rectificarlo. Hay que distinguir entre solista y coro, que emite clamores y no un texto seguido. Toda la interpretación de la lírica a que hace referencia la épica, debe someterse a crítica cuidadosa.

Y es totalmente incompleto, desconocedor de los muchos estudios y bibliografía, lo que se dice sobre el ditirambo en p. 61 ss., sobre los epitalamios de Safo en p. 74 ss. Discrepo profundamente, de otra parte, de la interpretación (p. 58 ss.) del gran partenio de Alcman: se trataría del canto de un coro único que se agruparía en torno a dos muchachas que buscaban un premio de belleza. Hay, ciertamente, muchas interpretaciones del partenio, que habría que haber discutido; esta es, por lo menos, muy incompleta.

Nos hallamos, pues, en definitiva ante un libro que merece ser estudiado y tenido en cuenta cuando se habla de lírica y teatro, pero que hay que manejar con muchísimo cuidado por lo que a sus interpretaciones se refiere y que es, además, sumamente lagunoso en cuanto a materiales, estado de la cuestión, bibliografía, etc. Tiene más interés para el estudio del detalle de la documentación que para la interpretación de la misma y para lograr una visión de conjunto completa y al día. Siendo un libro útil, podría haberse hecho hoy día mucho más sobre el tema, que está bien buscado.

FRANCISCO R. ADRADOS

CORTÉS GABAUDÁN, F.—*Fórmulas retóricas de la oratoria judicial ática*. Theses et Studia Philologica Salmanticensia, XXIII. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1987, 401 pp.

El presente libro es una versión reducida de la tesis doctoral de su autor, hecho que se refleja en la redacción y estructura del mismo. Se trata de un estudio exhaustivo de tres campos formularios presentes en la oratoria judicial ática: la presentación de pruebas o testigos, la súplica a los jueces y la introducción a la «narración» (este último, sin embargo, de menor entidad que los dos anteriores). El autor parte del supuesto, para él absolutamente probado, de que los discursos de la oratoria judicial constituyen una serie de obras fruto del ensamblaje de elementos preexistentes y autónomos que la retórica ponía a disposición del logógrafo u orador.

Para el objetivo del libro es fundamental y un requisito previo la definición de la fórmula retórica, dado que los criterios y definiciones aplicados a la poesía,

y concretamente a la poesía épica a partir del célebre libro de Parry carecían de validez para la prosa. En este sentido Cortés Gabaudán considera requisitos imprescindibles para definir la fórmula retórica «la confluencia en el uso de unos giros, perfectamente definibles formalmente, en una función determinada repetidamente. Es decir, el concepto de repetición se enriquece al ponerse en juego la función» (p. 18).

La parte central del trabajo integrada a su vez por las partes II, III y IV está dedicada al análisis pormenorizado y exhaustivo de los distintos campos formularios (uno por cada parte). Se estudian los distintos elementos de cada fórmula, la palabra que debe ser considerada el «núcleo» que sirve de expansión a la misma como índice de clasificación e identificación; se pone en conexión a las fórmulas con cuestiones jurídicas en íntima relación con ella, cual es por ejemplo, en el caso del primer campo formulario citado, el de la presentación de pruebas, la cronología del cambio procesal por el que se pasó del testimonio oral a la obligatoriedad del testimonio escrito, o, en el caso del segundo campo formulario, la súplica a los jueces, el tratamiento que recibe este procedimiento dentro de las normas de retórica en general. Son de un enorme interés los cuadros en los que aparecen tabulados todos los datos con atención especial a la cronología de los usos y a la repartición en las diversas partes del discurso en las que aparecen distribuidos. Estos cuadros resultan de suma utilidad ya que es posible visualizar rápidamente los distintos pormenores de un uso formulario, el contexto en el que aparecen y el porcentaje de uso.

En la última parte del libro se aplican los resultados obtenidos en el análisis anterior a los distintos problemas concernientes a cada uno de los oradores, problemas de cronología, autenticidad, evolución del estilo de un mismo autor, etc., y se contrastan las conclusiones a las que lleva el estudio formular con otras vías de estudios precedentes, bien similares pero parciales o distintas, a cargo de autores como Blass, Bonner, Calhoun, Dover, Gernet, Leisi, Speyer, etc. Contraste que sirve en unos casos para corroborar o no hipótesis anteriores y que además constituye un estudio y puesta al día riguroso de los estudios precedentes en este terreno de la oratoria. El método formulario, en general, concuerda, y en ello prueba su eficacia, básicamente con la opinión general sobre estas cuestiones y en muchos casos se evidencia con mayor capacidad discriminatoria que la metodología diversa empleada hasta ahora.

Entre la bibliografía citada, excelente por lo demás, yo incluiría un artículo de S. Amigues, «Les temps de l'impératif dans les ordres de l'orateur au greffier», *REG* 90, 1977, pp. 223-238; que aborda desde una perspectiva fundamentalmente sintáctica pero útil aquellos elementos que en este libro se consideran núcleo de las fórmulas de presentación específicas (p. 38 ss.) tales como ἀνάγνωθι, ἀναγίνωσκε, λέγε, λαβέ κτλ.

En resumen, creo que se trata de un estudio valioso y sólido sobre un aspecto fundamental de la literatura griega, con criterios no muy usales en este tipo de estudios y que aporta soluciones y perspectivas nuevas en muchos puntos y en otros confirma con razones adicionales logros ya alcanzados con anterioridad.

A. SANCHO ROYO

ALBERTE GONZÁLEZ, ANTONIO.—*Cicerón ante la retórica. La «auctoritas» platónica en los criterios retóricos de Cicerón*. Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1987, 117 pp.

Las diversas tentativas de una articulación entre pensamiento y acción que se desarrollan en la civilización romana, lejos de estar definitivamente esclarecidas, pre-

sentan múltiples vertientes cuya indagación puede todavía aportar sugerentes líneas de investigación y resultados muy reveladores. Buen ejemplo de ello es este estudio sobre los fundamentos de la concepción de la retórica de Cicerón, a cargo de un excelente conocedor de la materia.

El propósito del libro es dilucidar la ascendencia platónica de las ideas ciceronianas sobre la formación del orador y sobre la concepción de la retórica. Para ello el autor trata, en primer lugar, de distinguir los postulados filosóficos de la retórica de Cicerón reconocibles en los tratados platónicos, especialmente en el *Gorgias* y el *Fedro*, en los ámbitos de la dialéctica, la física, la moral, el conocimiento del alma y la política, y, en segundo lugar, de determinar la influencia sobre el mismo de la *auctoritas* platónica en los aspectos específicamente formales de la retórica.

El estudio se asienta sobre un sólido conocimiento de la extensa bibliografía y de la investigación anterior, lo cual no representa en ningún momento un lastre excesivo de erudición, sino que permite al autor afrontar su tarea con lucidez sobre dos cimientos básicos: de un lado, el manejo e interpretación de los textos originales y, de otro, una consistente fundamentación teórica apoyada en los mismos, de manera que de la imbricación entre datos y teoría resulta un trabajo fecundo y lleno de frescura, cuyo resultado más notable es la distinción, dentro de la visión ciceroniana de la elocuencia, de las figuras de Sócrates y de Platón, cuya confusión había distorsionado la exégesis anterior. Sócrates aparece para Cicerón como un exaltador del contenido en detrimento de la forma y, por ende, de la retórica; Platón, en cambio, sería un modelo de integración entre *res* y *uerba*, entre filosofía y retórica. A su vez, uno y otro tienen para el Arpinate una continuidad en las escuelas filosóficas posteriores: en los estoicos, el primero, y en los académicos, peripatéticos y en él mismo, el segundo.

La articulación de estas ideas se hace en un castellano cuidado y preciso, y es de agradecer que en las detalladas notas se incorpore el texto latino de las citas, ahorrando la búsqueda al lector. Como complemento a la prolija bibliografía recogida, tenemos que mencionar el estudio de A. Barbieri, *Cicerone e i neoattici*, Roma 1974, donde precisamente se analizan, en relación con la polémica antiaticista, tres obras sobre la concepción del orador de Cicerón, *Brutus*, *Orator* y *De optimo genere oratorum*, cuyos textos son una referencia básica del libro de A. Alberte. Por otra parte, un índice analítico de conceptos y términos latinos estudiados acaso facilitaría el manejo del trabajo, en el que hay muchas páginas dedicadas al desmenuzamiento de conceptos latinos destacados.

Hay que hacer notar, en fin, que esta obra no sólo nos permite adentrarnos mejor en la figura de Cicerón, sino que plantea, a través de este caso concreto, una fundada revisión del horizonte hermeneútico de la historiografía filosófica y retórica en el ámbito mismo de la antigüedad, esto es, de cómo los antiguos entendían a sus predecesores. La trascendencia de este fenómeno es, muchas veces, incalculable: pensemos en el condicionamiento al que se han visto sometidas las visiones modernas de los presocráticos por la lectura que de ellos hizo Aristóteles. Por eso este estudio contribuye a acercarnos mejor a la subjetividad de los antiguos, muchas veces convertidos en meros «objetos» de análisis, y abre nuevas perspectivas para penetrar en distintos aspectos de las teorías filosóficas y literarias greco-latinas.

ANTONIO MORENO HERNÁNDEZ

CONNOR, P.—*Horace's Lyric Poetry: the Force of Humour*. Ramus Monographs, 2. Victoria (Australia), Aureal Publications, 1987, 221 pp.

Pretende el autor detectar en las *Odas* el humor que —según él— sirve de contrapunto a ideas y actitudes elevadas y contribuye poderosamente a la construcción de la obra lírica horaciana, haciendo incluso más eficaz el tono serio predominante. Pero los tenaces esfuerzos para llevar al campo del humor ciertas expresiones, y ponderarlas desde ahí, no producen en el lector una convicción completa. Ni de su estudio se deduce otra cosa sino que el humor en las *Odas* es un componente puramente ocasional, accesorio, aislado y bastante insignificante en el conjunto. Por ejemplo, creo que entender humorísticamente la oda II 20 no tiene ninguna base sólida, ni siquiera el *biformis* de v. 2, palabra en la que se insiste especialmente; y mucho menos eso puede sostenerse en III 30 (confieso estar totalmente ciego para el humor que el autor descubre en la expresión *multaque pars mei / uitabit Libitinam*), a pesar de todos los vanos intentos suyos por apoyar tal interpretación. Tampoco veo la razón para que haya que considerar como una «caricatura cómica» el detalle realista de ser señalado el poeta por el dedo de los transeúntes (a propósito de IV 3, 22); ni como una «extravagancia humorística» el pasaje que pretende pasar por autobiográfico, aunque con detalles mágicos, de III 4, 9-20; ni descubro lo jocoso del *relicta non bene parmula*. Seguramente no hay que entender seriamente la maldición al árbol en II 13, pero de haber humor en dichas increpaciones, se trataría de un humor tan fúnebre y elíptico que fácilmente pasa desapercibido. Sí que estoy de acuerdo en reconocer una chispa de broma en la invocación al ánfora de III 21, como resultado de la parodia de himno que se hace, pero, aun así, es un humor muy endeble y de escasa efectividad como tal. Acaso también haya intervenido una cierta voluntad de divertimento y caricatura del estilo pindárico, exagerándolo, al introducir en IV 4, 18-22 un excursus, consistente en una *praeteritio*, totalmente superfluo e inoportuno en el momento de más expectación de la oda. En cualquier caso, no obstante, son siempre pasajes aislados y concretos. Horacio es una personalidad irónica y hasta risueña —siempre con un deje de amargura— que se manifiesta como tal especialmente en *Epodos* y *Sátiras*; pero en su faceta más puramente lírica se nos muestra, por imperativos del género en buena parte, mucho más dado a la reflexión de altura, y hasta sus piezas lúdicas y circunstanciales se mantienen casi siempre al margen de la comicidad.

La materia del libro se reparte en siete capítulos, encadenados en una secuencia un tanto sorprendente por cuanto que los dos más generales van enmarcados por los cinco más particulares (I: Dos epílogos; II: *Hierē Dosis*: el poeta y su vocación; III: las líneas del humor: directrices generales; IV: Aspectos de la parodia; V: Horacio y Mecenas; VI: Cándido amigo; VII: Amantes); en ellos se hace un análisis estilístico de pasajes correspondientes a su título, en afán —como decimos— por descubrir la más mínima brizna de humor: es en esta tarea donde el crítico, además de cazar lo que hay, pone más de lo que realmente hay. Pero me viene también la sospecha de que tal vez el humor en Australia sea cosa ligeramente distinta que en España. Eso explicaría mejor los desacuerdos.

VICENTE CRISTÓBAL

Miscellanea Plutarchea. Atti del I convegno di studi su Plutarco (Roma, 23 novembre 1985) a cura di FREDERICK E. BRENK e ITALO GALLO. Ferrara 1986, 147 pp.

Este volumen, titulado *Miscellanea Plutarchea*, recoge las actas de un primer encuentro sobre Plutarco, celebrado por la sección italiana de la «International Plutarch Society» en noviembre de 1985.

El objetivo del encuentro es principalmente un balance crítico de los trabajos publicados en los quince últimos años sobre las *Vidas* y los *Moralia* de Plutarco.

Barbara Scardigli, en «Scritti recenti sulle *Vite* di Plutarco (1974-1986)», se ocupa de los estudios relacionados con las *Vidas*. La autora selecciona unos criterios para poder concentrar en poco espacio la información que una actualización bibliográfica exige. Tiene en cuenta, sobre todo, el punto de vista histórico. Así quedan excluidos de su elenco o reducidos a pequeñas notas los trabajos dedicados a la crítica textual, la tradición manuscrita, la suerte que han corrido las *Vidas* en el mundo occidental, la influencia que han ejercido en autores literarios, y los que ofrecen un análisis de los tiempos de Plutarco y de la época de la redacción de las *Vidas*.

Ante la dificultad de ordenar tan gran cantidad de material bibliográfico opta por seguir un orden alfabético de los personajes de las *Vidas*, y dentro de cada biografía dispone las contribuciones cronológicamente, siguiendo el orden de publicación.

Para redactar el elenco, aunque tiene en cuenta la información ofrecida por *L'Année Philologique s.u. «Plutarchus»*, toma como base principal una lectura sistemática de revistas y misceláneas, no sólo históricas, sino también de arqueología y epigrafía.

Incluye también trabajos que no están dedicados a Plutarco, pero contienen mucha información de este autor. Recoge además aquellas investigaciones en las que se tiene a Plutarco como fuente de información al lado de otras fuentes, y en las que el material histórico en que se basan proviene de alguna biografía suya. Y también las investigaciones realizadas con un enfoque monográfico dentro de las *Vidas*, así sobre los sueños, sobre la guerra y la paz, sobre la *τύχη*, sobre los dioses, etc.

Después de cada título de artículo presenta una nota breve, muy útil, sobre el contenido.

James Barthelmess, en «Recent work on the *Moralia*», proporciona información bibliográfica reciente sobre los *Tratados Morales*. Comienza el autor considerando lo poco válida que es la división tradicional de la obra de Plutarco en *Vidas* y *Moralia*, como si este autor se hubiera propuesto dos programas diferentes: biográfico uno y ético otro. Y no es éste el caso, como muy bien dice Barthelmess; cualquier tema que se trate debe verse bajo el punto de vista del *Corpus Plutarcheum* como una entidad en sí misma. Esto no quiere decir que no haya diferencias genéricas claras en el modo de componer las *Vidas* y los *Tratados Morales*.

El contenido de su artículo se fija en cuatro puntos. 1.º, los textos: hace una valoración de las principales ediciones críticas. Enjuicia atinadamente las tres colecciones principales que han editado o están editando los *Moralia* —Teubner, Loeb Classical Library, Budé—, y alude finalmente al proyecto italiano de publicar los textos plutarqueos, proyecto que ya ha comenzado en 1986 bajo el título *Corpus Plutarchi Moralium (CPM)*. 2.º, las obras que contienen alguna discusión sobre los *Tratados Morales*. Hace una pequeña reseña de las obras más importantes. Se fija en las de D. A. Russell (1973) y C. P. Jones (1982), no por conocidas menos interesantes. En el campo religioso y ético menciona las de H. G. Ingekamp (1971), Y. Vernière

(1977), H. D. Betz (1975), y la documentadísima obra de E. Brenk (1977). Sobre el pensamiento filosófico de Plutarco reseña las obras de J. Dillon (1977) y de P. G. Walsh. Bajo el punto de vista político tiene en cuenta el libro de C. P. Jones (1971), el artículo de H. Pavis d'Escurac (1981) y la obra de G. J. D. Aalders (1982). 3.º, ofrece una selección de las ediciones críticas de los tratados particulares que desde 1969 se vienen publicando. 4.º, dedica este punto a dar una lista muy breve de las aportaciones que resaltan la influencia ejercida por Plutarco en algunos escritores ingleses y franceses.

C. B. R. Pelling, en «*Synkrisis in Plutarch's Lives*», considera la *σύγκρισις* como una técnica vital en algunas parejas; en otras la comprensión de una *Vida* no mejora en nada al añadir la comparación con su pareja; es el caso de las de *Lys.-Sulla* y *Ages.-Pomp.* Analiza los modos variados como Plutarco refiere y utiliza la síncriesis para profundizar nuestra comprensión de sus héroes: en las parejas *Phil.-Flam.* y *Dtr.-Ant.*, por ejemplo, la técnica comparativa es importante, pero en un sentido diferente en cada caso. Es característico de Plutarco mostrar cómo las mismas cualidades contribuyen a la grandeza de uno y a la caída de otro, o bien a la grandeza y caída de un mismo héroe.

Intenta explicar las razones por las que en tres parejas (*Aem.-Tim.*, *Sert.-Eum.* y *Cor.-Alc.*) Plutarco cambia su orden normal y coloca el romano antes que el griego.

P. Luigi Donini, en «Plutarco, Ammonio e l'Academia», parte de la tesis del libro de J. Glucker (*Antiochus and the Late Academy*, Gotinga 1978) sobre la relación de Amonio y de Plutarco con la Academia y razona su postura en contra de esta tesis. Considera un mérito de Glucker el haber aclarado la historia externa de las escuelas, de las instituciones y de los modos de difusión de la filosofía en el helenismo tardío y en la época imperial. Acepta también como bien demostrado que en la época de Plutarco no existía en Atenas una institución heredera de la Academia platónica, y que Amonio era un profesor privado. En cambio considera equivocado a Glucker cuando excluye toda relación entre Amonio y la Academia, y afirma una afinidad filosófica de Amonio hacia Platón, directamente y no a través de la Academia. Donini, creo que con buenas razones, muestra que el pasaje (*de Defectu* 431 A) del que parte Glucker para llegar a tales conclusiones debe verse en el desarrollo del diálogo y en las partes sostenidas por todos los interlocutores, y bajo este punto de vista Amonio aparece, igual que Lamprias y Plutarco, como mantenedor de la cautela filosófica, propia de la tradición académica, que comporta el rechazo a los excesos del dogmatismo.

Ugo Bianchi, estudioso y gran conocedor de los cultos orientales según muestran sus numerosas publicaciones, en «Plutarco e il dualismo» nos ofrece un trabajo denso en el que intenta mostrar el significado e interpretación que Plutarco hace del culto de Isis y Osiris en el tratado *de Iside*. Considera a Plutarco entre los primeros testimonios, si no es el primero, de una concepción iniciática y soteriológica de este culto egipcio. Plutarco mismo insiste sobre el aspecto pedagógico y moral que el complejo mítico sugiere. Le interesa el significado que pueda tener para conocer y actuar en el ámbito de la vida misma y de la piedad. Y por este camino, de una manera lógica y convincente —a partir del texto del tratado y en ocasiones acudiendo también a otros—, Donini estima que Plutarco, bajo la influencia de la hermenéutica platónica, se funda en una metafísica en la que el principio dialéctico, entendido como una de las formas clásicas del dualismo, es fundamental. Ese principio dialéctico se presenta como oposición irreductible y nexa irrompible entre lo perfecto y lo imperfecto. Así estructura y sitúa, bajo la forma esquemática de dos ejes que se cor-

tan (vertical y horizontal), lo que representan Osiris, Isis, Horus y Set-Tifón. Para Plutarco, según la conclusión de Bianchi, religión es dualismo.

Relacionada con este tratado está también la comunicación de Silvia Maria Chiodi, «Temática ierogámica nel *de Iside*». De manera breve expone cómo Plutarco deja a un lado las interpretaciones físico-astronómicas de los egipcios y se interesa sólo por una exégesis filosófica y religiosa. En ese plano se entienden todas las referencias de Plutarco a los textos platónicos, particularmente al *Timeo*. Compara Chiodi los cuatro elementos del mito platónico del demiurgo con los tres principios generativos que Plutarco ofrece en su explicación cosmogónica del mito. El demiurgo mediador está sustituido en la obra plutarquea por una energía, la erótica (el amor de Isis hacia Osiris), concebida como principio dialéctico del nacimiento del universo. Plutarco, según Chiodi, subraya la función cosmogónica del amor.

Damianos Tsekourakis, en «Orphic and Pythagorean Views on Vegetarianism in Plutarch's *Moralia*», basándose en los tratados en los que Plutarco se refiere a la abstinencia de carne animal, expone las tres razones principales en las que funda tal principio. A saber: la doctrina pitagórica y empedoclea sobre la transmigración de las almas, la consideración de que los animales también tienen en un cierto grado la facultad de razonar y por motivos de higiene: la comida de carne es dañina para la salud. El autor intenta demostrar que Plutarco da un papel secundario a las razones de tipo religioso, aunque religión y misticismo son muy importantes en Pitágoras y en el primer pitagorismo.

Acaban estas aportaciones con dos notas. Una de Nino Marinone, «L'uso del computer per Plutarco», para mencionar la importancia de la informática aplicada a los estudios lingüísticos y filológicos. Una vez superados los problemas de incompatibilidad que presentan los diversos sistemas de elaboración y los variados tipos de ordenador, que tienen difícil solución pero no imposible, los datos del *Thesaurus Linguae Graecae* (con su sede en Irvine, en la Universidad de California), para Plutarco 1.108.802 palabras, estarán pronto disponibles para los ordenadores personales.

Y otra nota breve de Italo Gallo, «Una nuova iniziativa scientifica ed editoriale: il *Corpus Plutarchi Moralium*», con la esperanza puesta en el ambicioso proyecto italiano de publicar una edición crítica con introducción amplia, traducción e índices de todos los *Tratados Morales*.

Hemos querido hacer una referencia a todos los artículos publicados en este volumen. En conjunto estas *Actas* resultan un útil de trabajo importante para el estudio del tema. En la bibliografía de Scardigli y Barthelme se recoge una buena muestra de lo que se viene haciendo en estos últimos años sobre la obra de Plutarco.

En breve contaremos también con las *Actas* del I Simposio Nacional dedicado a este autor, que se ha celebrado del 17 al 19 de noviembre de 1988, organizado por la Universidad de Málaga y la Casa de Cultura de Fuengirola, en esta última localidad.

MANUELA GARCÍA VALDÉS